

taría á Celico? Bueno... ¿y á mí qué...? ¡Sólo falta que se figuren que estaba yo enamorada de Celico y celosa de Aurorita! ¡Enamorada, celosa yo!... ¡No señor, mentira, mentira!... ¿Pero habré yo querido á Celico?... ¡No, no; no le quise: prueba de ello que ahora no me importa que se lo lleven los demonios ó que se lo trague el mar, por malo, por mal corazón!... — Y vuelta al llanto nervioso. — ¡Pero no, no, Dios mío, yo no le deseo mal ninguno, soy una local... Sólo, que no le quiero, no señor, ni quiero quererle tampoco. ¡Todo esto ha debido de ser alucinación... delirio... pura fantasía!... Y en cuanto á Aurorita, soy capaz de hacerme amiga suya para que vean que ni ella ni él me importan un comino... ¿Que es bonita? ¡y qué! Valgo yo más; eso bien me lo sé... Sólo que aquí encerrada en este convento, y sin vestirse nunca, sin ver á nadie... No; pues poco he de poder yo, ó de esta hecha salgo y me compongo y me luzco y... saco un novio; ¿por qué no? ¡Pues como yo me empeño...! ¡Vaya, estoy ya harta de encerrona y de ñoñeces, caramba! ¡Aun no conocen á Pepita!...

Y vibrando todavía de rabia y soñando ya en el desquite, cansada de tantas luchas y emociones, durmióse la chiquilla, sollozante, llorosa aún, como los niños rendidos después de una gran rabieta.

¡Válgame Dios, cuántos proyectos y cuántas ilusiones asaltaron la gentil cabecita ensoñadora, con la triunfante luz de aquella mañana de Abril que por las rendijas de puertas y balcones se colaba en hacecillos de oro en la alcoba de Pepita!

Pasada la tormenta, el pensamiento de la niña lucía despejado, radiante, como el cielo y el campo después de la lluvia. ¡Qué claro lo veía ella todo ahora!... ¡Pero qué tonta, qué retetonta había sido!... ¡Qué habrían dicho, qué habrían pensado todos, observando su loca fascinación!... No, pues ahora verían que estaba tranquila, animada y más alegre que nunca.

Y se levantó, abrió de par en par las desvenecijadas puertas del balcón mohoso y negro, se vistió y emperifolló temprano y salió cantando á regar sus flores; luego, de mañanita, antes de comer, se escurrió á casa de las Mirandas. ¡Qué sorprendidas y carilelas se quedaron las niñas viéndola!

— ¡Qué se habían creído! ¡Pues ya lo ven ustedes: tan serena y tan contenta que estoy!— pensaba la niña, reventando de gusto. Y se explayó en lucirles su alborozo. Dijoles que iba allí tan tempranito para comunicarles un proyecto. No había cosa que sedujera á las Mirandas como el asociarlas á cualquier plan y el meterlas en confidencias y secreticos; y la pícara de Pepita, que lo sabía muy bien, se las conquistó en dos palabras. Iba ella allí á decirles á las dos hermanas que tenía un proyecto atrevido, y que deseaba que ellas la ayudasen.

— ¡Ay, sí, sí, un proyecto, un plan, encantadas! pero... ¿qué será ello?

— Habla, habla. ¡Qué chiquiya ésta!

— Pues yo pensé desde luego en ustedes, y dije: las niñas me ayudarán.

Aquello fué el golpe de gracia: sólo por oirse llamar niñas hubiesen dado ellas á la de Sanabria cuanto les pidiese.

—Vamo, hija, explícate, que estamo impasiente.

—Pues... nada: que como viene el Jueves Santo, yo... la verdad, tengo ganas de salir por ahí, de ir á la calle de Alcalá, de lucir mi mantilla como todas...

—¡Claro, hija, muy naturá, muy naturá!

—¡Se cae de su peso, á tus años!...

—¡Y con ese palmito!

—Bueno... pues ¿se comprometen ustedes á llevarme y á buscarme una mantilla de *castañuelas* de esas que dan sombra á la cara?...

—¡Ah, gran tunanta, cómo sabe ella lo que favorese!

—Bueno, ¿pero ustedes...?

—Sí, que nos comprometemo.

—Vaya si nos comprometemo, á todo; y en cuanto á la mantilla, Consuelín, la almiranta, tiene en blondas, ¡chehe usted! ¡lo que se quiera!

—Nada, que no comprometemo, no comprometemo, Pepita.

Pero ya era Lunes Santo; había que concluir el traje negro de Pepita y recabar de sus papás el difícil permiso y pedir á Consuelín la mantilla... y empezó el sube y baja y los cabildeos y recaditos de las *niñas* de una en otra casa; bajó Pepita á la de la almiranta, y hubo en la de Sanabria discusiones vivas, y agotó la niña el repertorio de sus mimos, picardigüelas y seducciones, y suplicó Pilar, medió Felipe, rogó la baturra, intervino Auriolos, y hasta el canónigo ablandóse á interceder por la muñeca, que, al cabo, se salió con la suya... ¡Como que se lo había ella propuesto!

IX

Llegó el Jueves Santo y redobláronse las prisas y el correteo por la casa de Sanabria; y acudieron las *niñas* de veinticinco alfileres, y entró Canseco de levita raída y chistera contra moda, y por fin salió, de tiros largos, Pepita. ¡Vaya si estaba gentil y hechizadora la niña con el negro traje de raso, la alta peineta y la mantilla de *castañuelas*, cuyas airosas ondas sombreaban su carita pálida alumbrada por el vivo fulgor de sus mágicos ojos verdes!

Ya vestida, la chiquilla tuvo una inspiración: como si aspirase en el aire la ansiedad de la patria, la impresión dominante en Madrid en aquellos días de inquietud devoradora; como si recogiese con su instinto femenino el delirante españolismo de su padre, el hondo anhelar del viejo Auriolos, el patriotismo doloroso y torturado del canónigo, la emoción de todos, el ansia nacional disuelta en la atmósfera, corrió á sus balcones, despojó, peló sus macetas de claveles, de aquellos claveles de oro y de sangre que lucían como tapiz regio sobre el balconaje mohoso del caserón denegrado, y juntando las pomposas flores en dos haces apretados de púrpura y de gualda, prendióselos en pecho y cabeza bajo la calada sombra flotante de la nacional mantilla.

—¡Viva España!—gritó Felipe, que llegaba á tiempo que Pepita entraba en el comedor, donde la aguardaban todos.

—¡Olé *Madrid!*—aclamó Canseco entusiasmado.

—¡Bendita seas!—gritó Auriolos, como si en él resucitasen los bríos y ardores de antaño. Y un chaparrón de besos y de achuchones de sus papás, de las Mirandas y de la baturra cayó sobre Pepita, que defendía con afán los joyantes buches de sus mangas, sus flores, su mantilla, su peinado. Y los Sanabrias acabaron por alegrarse de haber dado gusto á la chiquilla; y escoltándola salieron las Mirandas, Canseco y Felipe. Pilar, que no gustaba de bullicios, quedábase acompañando á sus padres.

¿Quién no recuerda en Madrid la Semana Santa del 98? Aquellos piadosos días no fueron, no, como los de todos los años; tuvieron un color, una fisonomía, una expresión insólita, única.

El cable, el correo, el reporterismo activo, llovían sobre nosotros nuevas crueles, dolorosas, alarmantes, y una emoción intensa, creciente, contraía y demudaba la faz augusta de la patria; y sobre aquella augusta faz materna, empalidecida por el dolor, veíase reflejar la llamarada roja de un grande incendio remoto: ¡la guerra! La mitad de la vida y de la sangre de España estaba allá, en la guerra; aquí quedaba la otra mitad de la patria, palpitante, llorosa, en trágica espera. Y entre las dos Españas en tortura, extendíase el cable, el gran sensorio que derramaba raudales de sensaciones vivas, lancinantes, por las vibradoras haces de nervios del gran cuerpo nacional.

Pero la España que luchaba allá y la que aquí padecía era la España de siempre, con sus virtudes y sus vicios, con sus esplendores y miserias, con su abandono legendario, con su

imprevisión ingénita, con su estoico valor y desperdicio de la vida, con su rumbo y su boato, y sus estallidos de color, de lujo, de entusiasmo y de alegría. La España que se exterioriza entera en *la fiesta nacional*; la España que corre ebria de gozo y de sol á la Plaza, como desbordado río de júbilo y de locura. Esa misma España eterna, la imprevisora, la idealista, la quijotesca, la grande, la milagrera, la heroica, la única, la madre nuestra, ligera, irreflexiva á veces, pero siempre bella, hidalga y pródiga de sí misma, llenaba aquel día de su esplendor y emociones, de todo su vivir intenso y generoso, los templos y las calles de la villa.

Por la de Alcalá, serena, callada durante unas horas, libre del tropel asordador de coches y tranvías, como por ancho cauce luminoso, derramábase y fluía en vivas olas el *todo Madrid* de siempre, el bullidor gentío cortesano, vario, inquieto, curioso, animadísimo. Pero la multitud, como el mar, siendo lo mismo siempre, aguas ó gentes acumuladas, no es siempre igual; tiene en distintos casos y en ocasiones distintas aspectos variadísimos, expresiones diversas, sublimes dinamismos y mudas elocuencias asombrosas.

Y como cambia el Océano del tibio amanecer de nácares y brumas al rojo-oscuro bochornoso; de la espléndida noche de luna en que cielos y aguas resplandecen como fluidos zafros, al trágico horror de la tormenta, así cambia la multitud; y horas hay memorables en que la multitud expresa más que el mar: horas de espectación suprema en que parece que una electricidad vibrante, sensible, se condensa sobre

el viviente mar del gentío, y diríase que de aquella electricidad va á forjarse y á esplender el rayo. De esas horas memorables fueron las del Jueves Santo de 1898: la gente flufa, ondulaba como siempre, ataviada, lujosa, animada; pero una emoción intensa latía en aquella multitud; con fiebre de impaciencia pulsaban los corazones; con rasgos de amargura perfilábanse las sonrisas; con vibraciones de inquietud sonaban las voces; y el paso de un vendedor de periódicos, el anuncio de un último telegrama, el susurrar de un corro, alarmaba, soliviantaba, arremolinaba á las gentes; y de vez en cuando, la aparición de un enlutado grupo que buscando las travesías hurtábase al bullicio, humedecía los ojos ó arrancaba sollozos y protestas... ¡Y eran tantas en Madrid las familias que ya enlutaban las dos guerras, aun antes de las tragedias finales!

Con aquel fondo de tristeza, con aquel latente sobresalto luchaban el difuso esplendor del sol, del sol de Abril, la oleada tibia, perfumada de la primavera, que se respiraba, se bebía y se derramaba por las venas, amotinando la inflamada sangre española en arrebatos de esperanza ó en explosiones de entusiasta amor por la amenazada patria, ¡tan hermosa! Aquella reacción de vida, aquel inefable anhelo difuso en la multitud desde las primeras horas matinales, tomó forma, se condensó, se objetivó en una expresión bella, patriótica, irresistible, al paso que se acentuaba y se hacía unánime la célebre manifestación femenina de aquel día. Y ¡vive Dios! que aquello fué hermoso, conmovedor, inolvidable, y ni el mutismo á que nos condenó

la derrota, ni consideración alguna, bastarán á borrarlo de la memoria de las gentes.

Sin acuerdo previo, sin excitación alguna, como por intuiciones sutiles del sexo, como por adivinación milagrosa, cada madrileña había tenido la misma inspiración que Pepita; y, una por una, aparecieron en la calle de Alcalá ostentando entre las ondas de la mantilla, de ese jirón de blonda tan nacional que él solo pudiera ser empresa nuestra, los grupos de claveles de oro y de sangre, los vívidos colores de la bandera de la patria.

Las modas reinantes, combinadas con las mantillas y peinetas altas, daban á las madrileñas de entonces perfiles y tonos goyescos: las mangas estrechas con el bufante buche junto al hombro; las ceñidas faldas de negro raso que se partía en hondos pliegues en cuyos senos se espesaba la sombra y por cuyas aristas corría la luz en largos rieles grisáceos; las flexuosas líneas del busto transpareciéndose entre el enramado de las blondas; y como surgiendo de todo corazón y coronando toda cabeza femenina, la llama aurirroja, emblema de la patria.

Las madrileñas de aquel día parecían revivir gloriosos atavismos; recordábase que bajo las bombas de Soult lucían las gaditanas sus mantillas por las calles de la heroica ciudad sitiada; recordábanse las majas sublimes del Dos de Mayo; y al paso de cada mujer que ostentaba los colores de nuestra bandera, un impulso irresistible sacudía los nervios y la sangre varonil, y una salva de aplausos y de aclamaciones la saludaba como se saluda á una reina.

¡Qué bella y qué triste aquella página! Fué la

última de nuestra leyenda áurea; el epílogo de las españolas gallardías. Si la victoria hubiese coronado nuestras armas, á aquellas madrileñas tan españolas hubiéranseles alzado estatuas. Pero á fe que, con victoria ó sin ella, no valió un quilate menos el oro de su patriotismo, y que entre las páginas luctuosas de la historia de aquel año merecen ser guardados con amor los claveles rojos y amarillos que perfumaron aquel último día de esperanza nuestra.

Largos estremecimientos sacudían á la multitud ante cualquier signo que evocaba en ella la visión del ejército ó de la patria; la presencia de un caballero, en quien se creyó ver al entonces ministro de la Guerra, que acababa de hacer en pro de la resistencia nacional enérgicas declaraciones, suscitó vivo movimiento; y el paso de dos húsares de la Princesa, coincidiendo con el del ministro de los Estados Unidos, promovió una inmensa ovación á nuestros soldados.

En tal estado de efervescencia hallábase la gente, cuando Pepita, al lado de Felipe y seguida por las Mirandas y Canseco, llegaba á la esquina de la calle del Barquillo, donde un grupo numerosísimo de hombres mozos y alegres atisbaba y jaleaba alborozadamente el paso del mujerío. Aparecer Pepita ante el grupo y estallar en éste una salva cerrada de aplausos, de *olé*s y de vivas, fué todo uno. Felipe, sorprendido, levantó la cabeza; Pepita se puso roja hasta la raíz del cabello: no cabía duda; la ovación era á ella; en aquel momento no pasaban por allí otras mujeres, y á las Mirandas no había que adjudicarla, aunque ellas con sublime

candor se la apropiasen. Pero el recio palmeteo no cesaba; tronaba como una tempestad, mientras una lluvia de piropos y de aclamaciones caía sobre la chiquilla, á quien cerraban el camino las filas de entusiastas. ¡Olé por las niñas bonitas! ¡Bravo la gracia madrileña! ¡Vaya una mantilla bien prendida! ¡Déme usted un clave, mi alma!—¡Paso, paso!—gritaba amoscado Felipe.—¡Viva España!—voceaba el grupo agitando los sombreros al aire; y trabajo le costó á Auriolos abrirse calle por entre el apretado cerco. Palpitante, sofocada, roja, monísima, salió de él la muchacha; y cuando, ya libres del persistente vocerío, halláronse los presuntos cuñados en la acera de San José, Felipe levantó la cabeza, miró fijamente á Pepita, y... comprendió la ovación que le había irritado tanto. Todo el sol de aquella tarde, todo el vibrante entusiasmo que sacudía á las muchedumbres, parecía haberse metido en los fulmineos ojos verdes de la niña; su cara, siempre pálida, semejaba teñida en el vivo carmín de sus claveles; sus mejillas irradiaban calor y estuvis de júbilo; sus facciones menuditas parecían perfilarse en luz; su rostro tenía frescura de flores y fulguraciones de llama; las vetas rubias que abriantaban sus cabellos castaños relucían como hebras de sol, y sus cambiantes ojos de esmeralda fascinaban como el mar con sus prestigiosas transparencias.

—¡Caramba, Pepita, qué guapa estás esta tarde!—exclamó Felipe deslumbrado.

—¿Ahora te enteras tú de eso?—preguntó la chiquilla con su puntita de sorna flamenca, á tiempo que llegaban sofocadas, jadeantes, rotas

y contentísimas del pretense triunfo las Mirandas, que formaban con Canseco el más cómico triunvirato del mundo.

Ellas, con las caras enyesadas y arreboladas hasta lo risible, como dos payasos disfrazados de preciosas ridículas; él, enfundado en un levitón lustroso, y entre la negra pelambre recortada en *persianas* chulescas y el bigotazo espeluzado, oculta la calavera mal forrada de una piel cetrina y rugosa que parecía siempre suya, asemejábase al cadáver de un chulo amortaljado con ropas de caballero.

—¿Pero habéis visto, niño? ¡hemos sido la *sensación*, el *clou* de la tarde!

—¡Qué ovación, Pepita; si creí que nos ahogaban!

—¡Nos la hemos ganado! ¡Ay, pero á mí me han roto el traje!

—A mí la mantilla; ¡pero qué emoción! ¡Ha estado hermoso, hermoso!

Pepita y Felipe reían como chiquillos; Canseco se sorbía la risa; pero aquello *estaba que ardía*; la tarde se había metido en *flores*, y á cada paso que daban, una lluvia de piropos, de los galantes y poéticos de la tierra, caía sobre Pepita, para quien la calle de Alcalá y la Puerta del Sol fueron larga carrera de triunfos. Las Mirandas seguían apropiándose las ovaciones, Canseco gozándose en el juego, y Felipe, á veces irritado con el insistente tiroteo, á veces orgulloso de ser el caballero de tan festejada hembra, pensaba mirándola:—¡Demonio con la muñeca y cómo se crece al castigo! ¡Si parece otra! ¡qué andares, qué gracia, qué gallardía! ¡qué dominio y posesión de sí propia!

Y en efecto, Pepita parecía llevada por alas invisibles, por las alas de su orgullo, de su vanidad femenina: diríase que no tocaba la tierra, que pisaba rosas, que respiraba apoteosis, que adquiriría gravedades de mujer y majestuosas altiveces de diosa.

X

Cuando los cinco entraron de tropel en casa de Sanabria diríase que llevaban consigo, pegado á sus ropas y personas, metido en sus espíritus, el ambiente flamífero de las calles; Pepita y Felipe irradiaban calor de entusiasmo, esplendores de triunfo; Canseco y las Mirandas, como los graciosos de las comedias antiguas, parodiaban á los personajes principales:

—¡Ay, señores míos, qué tarde! ¡qué tarde de floreo, de piropeo, de palmoteo!

—¡Hemos hecho furor! ¡Ha sido el *disloque*!

—¡El *desmiguel*!—acababa Canseco.

—¡Todo, todo para ellas!—reía Felipe señalando á las asendereadas Mirandas.

—¡No, no, hijo; no hay que exagerar!

—¡Mucha parte ha sido *también* para Pepita!

Un estallido de risas acogió la sublime inoportunidad; y todos los ojos se volvieron á Pepita, que, en verdad, estaba resplandeciente, embellorada, transfigurada, radiosa de gozo y de vanidad satisfecha.

Mirándola, sus endiosados padres sintieron vértigos de orgullo; Pilar, emoción indefinible; el canónigo, súbito sobresalto que relampagueó bajo sus lentes azules; la baturra, delirio de

bulliciosa alegría aragonesa, y Auriolos, un acceso de patriotismo y de ternura que estalló en diluvio de *porras*, de vivas y piropos de los de sus tiempos de soldado. La pacífica morada contagiábase del entusiasmo de afuera, y Felipe, caldeada la sangre moza por el día de sol y de impresiones, describió con ardiente palabra la calle de Alcalá animada por la vida toda de Madrid; el aspecto de la multitud sacudida por súbitos arranques de patriotismo; el éxito de la unánime manifestación femenina de mantillas y claveles; el triunfo de Pepita, que había suscitado tempestades de aplausos y aclamaciones.

Y aquí Sanabria y el veterano perdieron los estribos; parecióles ver á la propia España encarnada en la gentil figura de Pepita, envuelta en las nacionales blondas y ostentando en pecho y cabeza el simbólico auriflama; antojóseles que aquella inspiración mujeril, aquellos populares arrebatos, eran nuncios felices de próxima victoria, y la mística faz de Sanabria llenóse de luz del espíritu; el marcial semblante de *D. Lope de Figueroa* resplandeció transfigurado; aquellas dos almas, que parecían las dos mitades de la España vieja, henchiéronse de efusivo contento, que estalló en aclamaciones estruendosas:

—¡Venceremos!

—¡El triunfo es nuestro! ¡Dios nos ayuda!

—¡Viva España! ¡Qué alegría! ¡Para cuando vuelva Marcelo, para cuando festejemos la victoria, os convido á todos, á todos; echo la casa por la ventana, me arruino!

—¡Señores, señores, juicio, cordura, córcholis! ¡Estas locuras me enfurecen, me sacan de

tino! ¡Esto nos pierde, pierde á España!—tronó el canónigo, hundiendo á puñetazos los brazaes del sillón.

—¡Silencio, clerizante agorero!—rugió frenético Auriolos.

—Pero ¿están ustedes en su juicio?

—¡Leandro, Leandro, no nos quites las ilusiones, no nos agües la fiesta—clamó Sanabria;—yo creo, yo espero en lo imprevisto, en el milagro, en lo sobrenatural, alma de la epopeya!

—¡Los milagros no se hacen para suplir omisiones ni pecados de los hombres; y las epopeyas de ahora se escriben en cifras!

—Pero ¿es posible que desconozcas la virtud y el valor de nuestra raza, que pospongas todo nuestro glorioso pasado, nuestra fe, nuestra hidalguía al bárbaro poder de la fuerza?

—¡Yo no desconozco ni pospongo nada, Baltasar! Pero ¿adónde vamos con todo eso?

—¡Tenemos la mejor infantería del mundo, una legión de héroes! ¡porra!

—¿Y qué vamos á hacer con ella, córcholis? ¿De qué nos sirvió asombrar al mundo enviando á Cuba 150.000 hombres?... ¡si gran parte de aquel ejército llena hoy los hospitales y las fosas, y el resto, mal alimentado y enfermo, no nos servirá para nada!

—¿Cómo para nada? ¡porra! ¡Ya se verá eso!

—¡Para nada, córcholis, porque la lucha decisiva será naval, y no tenemos ni barcos, ni cañones, ni juicio! El teatro de la guerra hispanoamericana — siguió Murrieta, animándose por grados — es el mundo entero: España, Cuba, Puerto Rico, Filipinas, los Estados Unidos, el Pacífico, el Atlántico, el Mediterráneo, el mar

de las Antillas, el de la China... ¿Con qué barcos vamos á cubrir esos mares?... ¿Sabéis lo que es esta guerra para la ciencia militar, desgraciados? Pues una prueba de corazas, de planchas de acero *Harvey*, de cañones de tiro rápido y no rápido, de pólvoras con y sin humo, de torpedos, torpederos y *destroyers*, de cañones neumáticos lanzadores de proyectiles explosivos, de proyectores eléctricos, de barcos experimentales... Un interesante episodio en el eterno duelo entre el proyectil y la coraza... ¡eso es esta guerra! ¿Y sabéis de qué vamos á servir en esta gran prueba bélica, en este divertido *sport* militar?... ¡De blanco! ¡Oh, dolor! ¡Oh, iral! ¡Oh, locura!... —y los anteojos azules se empañaron como en la despedida de Marcelo.

Auriolos y Sanabria enmudecieron, dominados por la elocuencia cruel del canónigo; el pobre veterano palideció mortalmente: ¡pensaba en España y en su hijo!... Como pájaros ante la tempestad, se desbandaron las mujeres ante la filípica de Murrieta; y Sanabria, sin resolverse á abdicar sus optimismos, insistió todavía:

—Cierto es todo eso, y *descontado* estaba— como ahora se dice; —pero... ¿y el heroísmo de nuestra gente, y el honor immaculado de nuestra marina?

—¡Y *descontado* está también el heroísmo!, ¡córcholis! ¡Tan *descontado* como nuestro fatal aplastamiento por la fuerza! ¿Nuestro heroísmo? ¡y quién lo pone en duda! ¡Quién cree en él tanto como yo? ¡Si desde ahora te digo—y acuérdate de ello, Baltasar—que el cable nos dirá de la una y de la otra escuadra acciones dignas de la epopeya, muertes que no desmerecerán de

las de los Churrucas y Galianos! ¡Quién lo duda, córcholis! ¡pues, esa es la pena! ¡Si no me doliera tanto...!—y tras de los lentes azules esplendió la mirada fulmínea bañada en llanto generoso.

—¡Pero con eso y con todo, y sintiéndome tan español—¡córcholis!—como el que más, te digo que somos unos locos rematados, unos *Quijotes*!

—¿Y no vale más ser *Quijotes* que *Sanchos*?

—¡Convenido, no lo dudo! Pero... ¡nos apalearán yangüeses, nos acocearán villanos y nos apedrearán galeotes... Somos idealistas incurables, ya lo sé; y, á veces, pienso que debiéramos extirparnos, como un cáncer, la fantasía... Pero tú, en este punto, Baltasar, eres archiespañol: ¡vives enteramente fuera de la realidad!

—¡Qué hemos de hacerle! Quizás es preferible...

—¡No, señor; cuando en el mundo se tienen deberes que cumplir, hay que vivir en el mundo, y tú vives en otro planeta!

—¡Pero, Leandro, qué mal humor gastas hoy!

—¡Con razón sobradísima! ¿Y sabes lo que te digo y te auguro?... ¡Que con tu niña te pasará lo mismo que con España!—acabó quedo Murrieta al oído de D. Baltasar.

—¿Cómo lo mismo que con España?

—¡Que de la una y de la otra, te aguardan graves desengaños, porque de la una y de la otra pretendes lo imposible y lo absurdo!

—¿Qué quieres decirme?

—Ya hablaremos despacio.

XI

Sola ya en su cuarto, Pepita—cuando aun peroraba Murrieta—miróse al espejo de su armario, tendió la cola brillante, contoneóse con donaire, gallardeó la cabecita entre las floreadas sombraslucos de la blonda:—¡Vaya si le sentaba bien! ¡Vaya si estaba guapa y gentilísima! ¿Qué se había figurado el memópolis de Celico? ¡Ahora, ahora verían quién era ella! ¡Encerrada vivía, pero no se cayó de ningún nido!... La crisálida, roto el capullo, desplegaba al sol las alitas brilladoras, ensayaba los vuelos y hallábase con impulsos y con ansias de tenderlos muy altos, muy atrevidos.—¡Cualquiera la sujetaba ya á ella! ¡Cualquiera la recluía y emparedaba en el caserón cenobítico después de haber gustado las delicias del aire libre, las mieles del triunfo, la sal de los piropos! No nació para monja. ¿Qué querían de ella? Saldría, entraría, luciría, tendría galas y novios al igual de todas. ¿Cómo? ¡Aquí de sus artes y sortilegios para embrujar á las gentes! ¡Aquí de Maquiavelo y del Guerra! ¡diplomacia y toreo fino!

Y comenzó su campaña. Empezó por hacer suyas á las niñas. Ellas eran listas, amabilísimas, y “la mar de *chic* y de simpáticas;” eran hasta jóvenes; y—¡claro!—la hechiceruela acabó por deslumbrarlas, someterlas y uncirlas al carrito de oro de su capricho triunfador. Después se introdujo en casa de la almiranta: debía darle gracias por el préstamo de la mantilla; y luego... ¡el pobre señor de Auriolos es-

taba tan triste y la almiranta sabía tanto de la guerra...!

Y bajó la chiquilla; y á las primeras de cambio, hízose dueña de aquella especie de anclado navío, que era la casa de la almiranta viuda, y juntamente de su *comandanta* y de la *dotación* completa.

Porque el salón de la Excma. Sra. D.^a Consuelo Valdés, viuda de Aldama, no era tierra firme; desde que en él se entraba, diríase que se sentía y hasta se olfateaba el agua salada y los efluvios de *allende*; parecía aquello una cámara á bordo, decorada por Pedro Loti; había allí telas, armas, bordados, biombos, cajas y abánicos de Filipinas; nimias labores chinas de prolijidad desesperante; máscaras, vasos, idolillos y mil japerías exquisitas; olía á infinidad de productos exóticos, á maderas de sándalo y alcanfor, á lacas y barnices japoneses.

Por dondequiera, se veían cosas de mar; modelitos de barcos modernos, ó reproducciones de naves históricas y peregrinas; retratos de marinos célebres, cartas hidrográficas, proyectos de arquitectura naval; y en mesas y vitrinas abundaban los cascos de granada, cápsulas de proyectiles, espoletas de bombas, herrumbrosos fragmentos de historia engastados en bronce y en oro, donde lacónicas leyendas memoraban muertes y nombres gloriosos. ¡Con qué fruitiva admiración veía y curioseaba Pepita todo aquello! ¡Pues y lo que la almiranta gozaba en mostrarle y explicarle, objeto por objeto, aquel museo etnográfico-naval, que era su orgullo y como el índice de su vida! La animosa dama había acompañado á su marido en sus largas

residencias en los remotos países de donde todo aquel pintoresco botín procedía; y en cuanto á historia naval, en cuanto á tecnicismo, á verdadera ortodoxia náutica, era ella todo un léxico. Hija, esposa y madre adoptiva de marinos, su patria era el océano; su culto, su pasión delirante, la marina. En la escuadra de Filipinas tenía varios parientes; en la de Cervera un sobrino, á quien crió y adoraba como á un hijo; así, desde que empezó la guerra hispano-americana, la almiranta vivía en el mar, y su casa parecía sucursal de la escuadra. Sobre todas las mesas se amontonaban fotografías de buques y de marinos cuyos nombres andaban entonces en todos los labios; revistas, periódicos españoles, franceses, ingleses y norteamericanos llenos de grabados de actualidad marítima y de noticias ó descripciones de una y otra armada. De los muebles, de los objetos, de los periódicos y de la gente que allí se encontraban, exhalábase un hálito de cultura y de cosmopolitismo, que enamoraba á Pepita; por aquella casa entraban en el solarón aires de Europa.

Consuelo recibía continuamente cartas y cablegramas de Cuba y de Filipinas, y á veces noticias directas de una ó de otra escuadra, visitas importantes, confidencias interesantísimas. Allí había vida, emociones, animación, sociedad, y la chiquilla se encontraba en su elemento.

Por entonces los *five o'clock* de la almiranta estaban concurrísimos; y Pepita, que se daba especial arte para servir el té y para hechizar con su charla y monadas á viejos y mozos, acabó por hacerse indispensable á Consuelo, y por vivir en el principal más que en su casa.

XII

A la de Sanabria seguían acudiendo los de siempre, y al paso que, al acercarse el trágico fin de ambas guerras, la efervescencia nacional aumentaba, por ésta como por todas las viviendas del caserón circulaban activas corrientes de inquietud y de impaciencia; diríase que la mansión histórica se animaba al calor del patriotismo, y que por toda ella serpeaba sutilísima red nerviosa que la mantenía en constante vibración y espasmo.

De uno en otro cuarto circulaban periódicos, telegramas ó noticias verbales, de las que Pepita y las Mirandas eran las más activas portadoras. Y rota, ante la común ansiedad, toda barrera, vencido todo escrúpulo, en la severísima casa de Sanabria hizo irrupción la prensa callejera. Canseco llevaba los bolsillos atestados de cuanto papelucho impreso hablaba de la guerra, y allí, sobre la mesa, entre las costuras de D.^a Inés y los bordados de las Mirandas, hacíanse todos en revuelto montón, conteniendo en sus negras columnas tal suma de arrogantes jactancias, de esperanzas locas y de agónicos optimismos, que, leídos ahora, desgarran el alma con su sangrienta ironía de *Inri* clavado sobre la crucificada patria.

Por aquellos días los amores de Pilar y Felipe, como arroyuelo que perdió el cauce, confundíanse en el río revuelto de la general conversación, absorbíanse en la arrebatada corriente de la común inquietud.

La bullanguera de Pepita se largaba á casa de la almiranta. ¿Qué se le había perdido allí? ¿qué mieles tenía para ella la tal casa? Las mieles que tenía ya las adivinaba Felipe: iban allí muchas gentes; no faltaban muchachos, y el demontres de la muñeca era tan animada, tan sociable, peor aún, tan atractiva y seductora... Si á lo menos él frecuentase la casa de la almiranta... Pero ¿á qué título iba á colarse por aquellas puertas? ¡La verdad era que la chiquilla iba tomando unos vuelos, y criando un orgullito que ya, ya! Desde el *triunfo de la mantilla*—como él llamaba á la apoteosis del Jueves Santo—la nena se subió á las nubes. A veces se ponía antipática; á él le daba una rabia, una rabia, que hasta le pegaría. ¿A qué venían aquellas bajadas continuas y aquellos locos reuelos por la vecindad, vamos á ver?

Entre la guerra y las necesidades de Pepita, Felipe andaba imaginativo, susceptible, mal humorado. De sus largas y torturadoras cavilaciones salía con accesos de movilidad febril, como si quisiera desgastar con la acción locas actividades internas.

Vamos, ¿qué hacían ellos allí? Su padre estaba cabizbajo, desalentado, abatidísimo; la tardanza de las cartas de Marcelo ó las nuevas alarmantes de la guerra le mataban, acabábanle por momentos; ¡era otro hombre! Había que distraerle, que animarle á toda costa; y Felipe imponía toda suerte de juegos y esparcimientos colectivos: todos debían colaborar á la buena obra, Pilar y él los primeros. Y se jugaba á la lotería, á la aduana, al julepe, á los caballitos, y á veces, ¡oh sacrilegio!, al tresillo ha-

blado y aun *jaleado*, profanación que divertía á Auriolos, por lo mismo que exasperaba al canónigo, para quien el tresillo era algo sagrado, como doctrinal de la buena crianza ó decálogo de los tapetes verdes. Cuando Pepita, con las mejillas rojas y los ojos brillantes, volvía de casa de la almiranta, monopolizaba, sorbía la atención de todos. ¡Qué de noticias, qué de consejas y estupendas hipótesis corrían sobre los misteriosos rumbos de la *escuadra fantasma* de Cervera! ¡Cuántas cosas oyó ella, cuántas conjeturaba ó presentía! Con el aura social, con el trato de tan cultas y distinguidas personas, la inteligencia de la muchacha abría también sus tornasoladas alitas, que cada día ostentaban matices y esplendores nuevos. ¡Vaya si veía claro y calaba hondo y divisaba largo y percibía bien el arrapiezo! Hasta el canónigo admiraba la sutileza penetrante de sus juicios, el calor comunicativo de su elocuencia, alternativamente empapada en frescas ingenuidades de niña y en picantes gracias madrileñas. ¡Demonio, demonio, cómo se va creciendo y apersonando la muñeca!—pensaba Felipe, ya poseído del diablejo revolvedor de la casa; y como si el diablejo adivinase su influjo y se propusiera extermarlo, según su antigua costumbre, acercábase á los novios, se encaraba con Felipe, y con mil monísimas taimerías y mimosas picardigüelas, consolábale y le compensaba de sus rabiets y zozobras. Vamos á ver, ¿qué tenía él? Estaba tristón, seriote, ¡hecho un imbécil! Todo ello eran miedos tontos por Celico, *infundios* de gente sandía y no enterada, como ella, de la verdadera marcha de la campaña, de los altos

planes de los Cerveras, Sampson, Schaffer y toda aquella legión de almirantazos y generales, á quienes ella trataba ya tú por tú. Felipe sonreía vencido.—¡Sí, señor, grandísimo bobo! ¡Qué te figuras que le van á hacer al *panoli* de tu hermano, enchiquerado allí en la Habana, armada hasta los dientes, con todo ese lujazo de fuerza de que se están riendo los yanquis! ¡En eso piensan ellos, en atacar á la Habana!

—¡Cómo que no piensan, marisabidilla! ¡Pues enteradas estáis tú y tu almiranta! —saltaba Canseco, que estaba harto de saber lo que los yanquis pensaban. Y como la chiquilla no se mordía la lengua y el saberlo *todo* en tales materias era el flaco del *Averiguador*, armábase la gran marimoreña. Cuando se aplacaba, Pepita, acercándose á Felipe, le decía con hechicero mimo:—¿Lo ves, hombre, cómo mi alta ciencia militar ha demostrado que los yanquis no hostilizarán á la Habana y que tu señor hermano volverá á la Península prontito y sin fractura?—Y por fuerza que Felipe quedaba convencido y libre de temores, porque ante las palabras de la niña todas sus murrias é inquietudes se disipaban como por ensalmo.

XIII

Una noche en que, obligados al fin por bondades y finezas de la almiranta, bajaron los papás Sanabrias con Pepita y las Mirandas á visitarla, y, enterado de la visita, retardó el canónigo su diaria asistencia á la tertulia, encontráronse solos con Auriolos y la baturra, Pilar y Felipe.

El veterano, rendido por los insomnios y ansiedades que le costaba la ausencia de Marcelo, dormitaba en su sillón; y Tomasa, ávida siempre de noticias de la guerra, iba metiendo la nariz, armada de sus formidables espejuelos redondos, en cuanto periódico topaba por el comedor; ¡para largo tenía si con su lento masculleo había de tragarse tanta letra!

Por primera vez después de mucho tiempo, encontráronse frente á frente, y casi á solas, los novios. Diríase que entre ellos había pasado una tempestad de arena que los envolvió en cegadores torbellinos y que, al cabo, tornaban los dos á encontrarse en el oasis edénico de sus primeros amores. Felipe, sacudido por emoción indecible, miró á Pilar como quien al despertarse de un mal sueño halla á su lado un semblante querido. Tiempo era ya de reanudar el diálogo roto. Pero... ¿por qué no podía él reanudarlo? ¡Si nada había pasado entre los dos! Ni una que-rella, ni una duda, ni la sombra de un recelo empañó los azules horizontes de su cariño... ¿Por qué no acudían ahora á sus labios aquellos frescos, desatados raudales de ternura que antes se desbordaban de ellos? Parecía que los cauces misteriosos por donde su alma alborozada y bullidora corría al alma de la niña, se habían cegado y deshecho; parecía que su alma misma había perdido el curso, el rumor, la vida; estaba congelada, muda... ¿Qué le sucedía? ¿Qué extraña ataxia torcía los mandatos de su voluntad? ¿Es que ya sus ideas no acertaban á verterse en palabras?... Por un momento, Felipe se creyó víctima de un grave trastorno, y con verdadera angustia miró á Pilar para expresar-

le su alteración inexplicable. Pero al fijar en ella una mirada ansiosa y larga, con súbita clarividencia descubrió en la carita anémica de su novia los estragos de un lento martirio moral, de un corrosivo dolor hondo y callado; con luz infalible percibió en aquella demacración, en aquella palidez y afilamiento de bruñido marfil, las huellas crueles de su desvío, de su abandono inexplicable, y entonces todo su extraño trastorno, sus premiosidades de palabra, sus arideces de ternura, se condensaron en su conciencia en una forma vaga, indefinible, pero perturbadora: en la forma embrionaria de un remordimiento. ¡Un remordimiento! ¿De qué? ¿En qué había él delinquido?... Causas extrañas á su voluntad, fuerzas de las circunstancias, le desviaron por algún tiempo de su novia. Pero aquello había pasado. Él la consolaría: todo ello no sería nada. Y venciendo con un supremo esfuerzo su mutismo, díjola, llamándola con el nombre de sus intimidades:

—¿Qué tienes, Lica mía?

—¿Que qué tengo yo, Felipe? ¿Y tú me lo preguntas?

Por primera vez de los labios de Pilar salía un reproche contra su novio, y aquel reproche nervioso, vibrante, parecía represión de mucho dolor contenido, preludio de amarguísimas quejas.

¡Bah! Él la calmaría con dulzura.

—Sí, ¿qué tienes, Lica de mi alma? ¿qué has tenido todos estos días en que has estado tan lejos de mí?

Aquello era demasiado: la injusticia no calma, exaspera las ofensas; pero nada tan difícil

de falsificar como los sentimientos, y Felipe había perdido aquella no aprendida elocuencia que vibraba y esplendía en las palabras y hasta en el silencio de Pilar.

—¡Felipe, Felipe!—clamó la niña con un acento metálico que su novio desconocía,—¿qué me estás diciendo? ¡Cuando eras tú el que estaba tan lejos de mí, tan cambiado, tan otro!

—¡Yo lejos!... ¿Qué dices, niña?

Felipe soltaba con timidez y desconcierto las palabras; una vaga luz iluminaba su cerebro; su conciencia le hablaba como Pilar.

—¡Ay, Felipe, Felipe! ¡qué duro, qué cruel has sido para mí! ¡Cuánto me has hecho padecer!—gimió la niña, sacudida por impetuoso acceso de dolor.

Felipe veía ya claro; pero ¿qué hacer? ¡si en amor confesar olvido, abandono, es clavar un puñal en una llaga abierta!... Además, hay cosas que no se confiesan nunca. ¿Mentir? ¡Él no podía, no sabía! Los reproches de Pilar no resucitaban su amor—¡al contrario!—pero le herían en la conciencia; y como es humano que duelan más las acusaciones más merecidas, cuanto más justas las de Pilar más le ofendían y amargaban.

—¡He callado tanto, tanto!—lloraba la niña.— ¡Nunca tenía ocasión de hablarte! ¡Pero ya sabía yo que el día que hablase, toda mi pena callada se desbordaría de una vez! Porque lo sé... lo veo claro, claro. ¡Felipe, tú no me quieres!—sollozó la niña, comprimiendo un torrente de llanto.

La baturra levantó la vista, pero pensó: "¡Bah! Riñicas de novios," y siguió leyendo.

¿Que él no la quería? ¡Acaso era verdad!... ¡Comenzaba á temerlo! Pero ¿era culpa suya? ¿Se manda en el amor?... Mas si su culpa era involuntaria, ¿por qué le dolía como un remordimiento? Felipe creía volverse loco; hubiera querido huir de Pilar y de sí mismo, hubiera querido ahogar su conciencia en una inmensa ola de llanto, de sombra ó de olvido.

Pilar, ya exasperada, ansiaba convencerse; quería que Felipe la convenciera de su amor, y los balbuceos inconscientes del muchacho no bastaban á su anhelo apremiante, perentorio, de verdad; la duda quemaba su corazón como un ascua, no podía resistir su contacto; ¡quería la verdad, la verdad total ¡la exigía! Ella daba entera su alma, y entera quería la de él. Para aquel espíritu noble, intacto, íntegro, de una pieza, como el de su padre, no había ambigüedades ni penumbras: ¡todo ó nada! Ella no sabía de sutilezas ni complicaciones afectivas; dió entero su amor: entero quería el de su novio. Aquella sensibilidad, siempre contenida, reprimida, era, por lo mismo, impetuosa, incontrastable. Las mujeres como Pilar aman una vez sola; pero en aquel amor ponen el jugo de su vida, la esencia de su alma. Ante el silencio de Felipe, la quemadora duda de Pilar se convertía en evidencia, y su dolor inmenso, inconsolable, comenzó á desbordar en mares de mudo llanto. Aquel llanto acabó de exasperar á Felipe; todo el desconcierto de su conciencia y de su corazón, su remordimiento, su cobarde inacción ante aquella fatalidad que se consumaba, toda su culpa y su impotente dolor se volvieron rabia, loco frenesí, cuanto más injusto, más vio-

lento; y ya sin conciencia de lo que hacía, pálido, trémulo, se levantó como para marcharse, y murmuró como sonámbulo estas palabras increíbles:

—En fin, Pilar, veo que eres tú la que estás cansada de mí; desde hace tiempo no nos entendemos en nada... ¿A qué buscas pretextos para despedirme? ¡Dí que no me querías!

Al oír aquella inmensa injusticia, el dolor de Pilar llegó al paroxismo: iba á estallar en explosión convulsiva; pero en aquel momento oyóse en la escalera la voz de Pepita, y Pilar, sofocando sus sollozos, cubriéndose la cara con el pañuelo, salió precipitadamente, huyó como loca de su propia desventura.

Una sensación de frío, de soledad y desolación infinita poseyó entonces á Felipe. ¿Qué era aquello? Parecía que acababa de quedarse sin alma, y que se encontraba mejor así, muerto, solo, abandonado... Dejóse caer en una silla, y se cubrió la cara con las manos. Cuando entró Pepita, que había subido en busca de unos periódicos, la baturra estaba tan dormida como Auriolos. La muchacha, que venía vibrante, nerviosa, como siempre, de la animada atmósfera de la otra casa, al ver á Felipe en aquella actitud, y al advertir la ausencia de su hermana, creyó adivinar lo que sucedía, y acercándose al muchacho, impulsiva, mimosa, arrebatada, como ella era, le tomó las manos y le preguntó con acariciadora voz:

—Felipe, tonto mío, ¿qué tienes?

Levantó él de súbito la cabeza; la voz de la niña no había sonado nunca así en sus oídos; la miró; los radiantes ojos verdes no habían hun-

dido nunca en los suyos una mirada como aquella. Los espacios se inundaron de músicas y de luz, el aire se encendió y el alma de Felipe se llenó de infinito... Mudo, tembloroso, anhelante, oprimió con delirio las manos de la niña, que á su vez apretó nerviosamente las suyas, y sus dos almas se abrazaron, se fundieron en una loca llama de amor.

—Pero ¿tú me querías? —preguntó él tenuemente al oído de ella.

—¡Yo te adoraba, sin saberlo, toda mi vida!

—Pero ¿me quieres?

—¿No lo ves? ¡Estoy cometiendo una traición, un crimen, por quererte, y... aun así te quiero, te quiero como una loca!

—¡¡Pepa!!

—¡¡Felipe!!

Un egoísmo inmenso, una embriaguez extática, una ráfaga de delirio arrebató aquellas dos almas con el rapto demente del amor.

En aquel momento entró el canónigo; Pepa y Felipe se separaron rápidamente. La sutil sensibilidad casi enfermiza del canónigo percibió algo vago, impalpable y tenue, como disuelto y difuso en el ambiente. La niña, vibrante, encendida, llorosa, pretextó súbita indisposición como la noche de la partida de Marcelo, y precipitadamente se retiró á su cuarto, á tiempo que volvían sus padres de casa de la almiranta.

A Felipe también le dolía la cabeza, y se retiraba temprano aquella noche. La intuición certera del psicólogo columbraba algo indeterminado, informe, pero seguramente extraño, anómalo, en todo aquello. Pilar no estaba; Pepita y Felipe charlaban ó conspiraban juntos;

ella se escurrió furtiva; él quería largarse. Allí pasaba algo... Nada grave, sin duda, por suerte... mas algo que pedía pronto remedio. Pero á aquellos bienaventurados papás había que darles las cosas hechas, y ayudarles á vivir, á pesar suyo.

Auriolos despertó á la llegada de los Sanabrias; quiso marcharse con su hijo; Murrieta le detuvo suavemente.—No, usted no, amigo don Ramón; tenemos que hablar esta noche las personas graves.

Solos ya los tres padres y los dos abuelos positizos, dijo el canónigo:

—Seguramente estarán ustedes pensando que yo he querido reunirles aquí en sesión secreta para meterles el alma en un puño con mis terribles pesimismo y mis negras profecías... Pues se engañan ustedes; no va por ahí el agua. ¡Qué había de ir! Si tan escarmentado quedé de mis sermones en desierto, que ahora, aunque viera algún grave mal venírsenos encima, v. gr., el desplome de este descoyuntado caserón que nos alberga, aunque lo viese rendir sus muros y agachar los tejados... ¡no haya miedo de que diese la voz de alarma! ¿Para qué. ¡Si á ustedes había de parecerles que estaba más firme y sólido que la muralla de la China!

—¿Lo ven ustedes?—rió Auriolos.—¡Ya pareció aquello!

—¡No; si les digo que no va por ahí el agua; que aunque viese que la casa se nos ponía por montera, no había de decir esta boca es mía!

—¡Gracias por la caridad!—dijo Sanabria festivamente.

—¡Como que sería inútil, hombre! Y no se me

ofendan por eso; ya sé yo que, de puro buenos, no sospechan ustedes ni aun la existencia del mal; pero hay que tener con la candidez de la paloma la astucia de la serpiente.

—¿Quiere usted dejarse de citas y rodeos, y contarnos ese cuento, que es muy tarde?

—Bueno; pues amigo Auriolos y amigos Sanabria: no trato de contarles ningún cuento, sino de hacerles una pregunta que tengo por atinada. Vamos á ver: ¿por qué después que se acordó solemnemente que cuando Felipe tuviera su título de ingeniero se realizarían las aspiraciones de todos, la boda tan deseada, por qué después de ese formal acuerdo no se ha vuelto á hablar palabra de tan grato asunto?

—¡Vaya una salida, amigo Murrieta! ¡Mire usted que detener á un hombre que se va á la cama, para hacerle una pregunta como esa, tiene bemoles, porra!

—¡Y mire usted que enfadarse por eso, tiene gracia, córcholis!

—Pero... ¿á qué viene ahora esa salida de pavana? ¿Es que se acaba el mundo? ¿Es que cree usted que van á venir los yanquis á conquistarnos, y quiere que despachemos antes eso de los chicos, así como quien arregla un asunto de conciencia *in articulo mortis*?

—¡Este veterano es de oro!

—Hombre, Leandro, yo ya sé hacia dónde tira Auriolos—medió Sanabria:—él quiere dejar la boda para cuando se acabe la guerra y vuelva Marcelo y estemos todos tranquilos...

—Y en eso tiene razón—observó D.^a Inés.

—¡Y vaya si la tiene!—remachó Tomasa.

—Convenido: si yo no se la quito á ustedes;

pero por desgracia—no puedo decir por dicha, porque preveo otra catástrofe como la de Cavite—la guerra toca á su término...

—¡Claro; como que ya está usted viendo volar por los aires la escuadra de Cervera!

—¡Dios tenga piedad de ella y de nosotros! Pero no se trata de eso; decía que la guerra toca á su término, es cuestión de días, y, por lo tanto, Celico vendrá pronto; y... consumada la desdicha nacional, tendremos que seguir viviendo resignados y cumplir la voluntad de Dios; porque la vida no ha de parar su curso, á pesar de nuestras desdichas; así creo yo que en lo de la boda de los chicos es hora ya de tomar una resolución; y puesto que todos somos en ello tan gustosos y lo deseamos tanto, ¿á qué se espera?

—¡La verdad es que D. Leandro, aun con todos sus pesimismo y augurios, cuando quiere habla como un libro!—dijo Auriolos, animándose al cabo ante la perspectiva de la próxima dicha de los novios, columbrando, acaso entre celajes de aurora, la visión deleitable de los nezezuelos soñados.

—¿Conque por esta vez estamos acordados? ¿eh? ¡Eureka, hombre: en algo habíamos de estar! ¡Bien! ¿Pues les parece á ustedes, señores papás respectivos, que fijemos desde luego el día para la solemne petición de mano de la señorita D.^a Pilar de Sanabria é Hinstrosa?

—Ya que usted cree que debe darse pronto ese paso, D. Leandro, y puesto que estamos á 3 de Julio—dijo D.^a Inés, sin que ni ella ni nadie alcanzara á sospechar la trágica significación que tendría en nuestra historia aquel día que

terminaba, — se me ocurre que debemos fijar para ese acto solemne el día 6, cumpleaños de Pilar.

Aprobóse unánimemente la indicación de la madre.

—Pues convenido, señores, y que todo sea con la bendición de Dios y con la mía—acabó el canónigo, cerrando con tan cristianas palabras la vulgar escena de familia; vulgar, ¡pero tan conmovedora en su simplicidad apacible!

Y se retiraron todos sin sospechar que la dulce criatura, cuya dicha saboreaban ya en deseo, retorciase entretanto convulsa y febril en la soledad de su alcoba, empapando la blanca almohada, que fué tibio nido de sus ensueños de amores, en cálido llanto de mortal desesperanza; sin sospechar que cerca de la hermana engañada, que velaba llorando su decepción irremediable, velaba también la hermana engañadora, insomne por el loco deslumbramiento de su amor usurpado, que por lo mismo exaltaba más su arrebatada fantasía con el novelesco incentivo de lo arriesgado y misterioso, despertando en ella audacias del instinto y atrevidas curiosidades sentimentales sazoadas con el fuerte sabor genesiaco de lo tentador y lo prohibido.

Retiráronse todos con las limpias conciencias perfumadas por la generosa aspiración al bien ajeno, y sin sospechar que allí, á dos pasos, palpataba escondido é insidioso el drama; el drama de familia, el vulgar, el casero, el diario y corriente, exento de crueldades monstruosas y de enmarañados recursos; el drama humilde y sencillo que interesa y conmueve por verdade-

ro y por humano; hecho no de premeditados crímenes y calculadas traiciones, ni de acciones estupendas desligadas del complejo tejido de la existencia, sino de morosidades y flaquezas, de pequeñeces, de omisiones y condescendencias veniales, que no al soplo de caprichosa fatalidad ni al talante de vengadores hados, sino por su propio y natural impulso, por el lógico desarrollo de las fuerzas iniciales, de caracteres y afectos, va creciendo, creciendo, hasta tomar los vuelos desatados de la pasión, hasta tocar á veces en las cimas tempestuosas de la tragedia. Así se formó aquel drama, como de impalpables átomos la tempestad devastadora.

Esta vez el psicólogo se había equivocado: la pícara realidad le ganó en malicia y en rapidez; la catástrofe corría delante de su previsión.

¡Quién le hubiera dicho al buen canónigo que él mismo iba á ejercer de fatalidad en aquel drama!

XIV

Tampoco durmió Felipe aquella noche: una fascinación, un deslumbramiento semejante al que desvelaba á Pepita apartaba de sus párpados la quietud balsámica del sueño; heriale á veces como latigazo furtivo el remordimiento de la traición cometida; dolíale la pena de Pilar y atemorizábanle los daños que de ella pudieran venir á la inocente criatura; pero lo que ahuyentaba y barría de sus ojos el sueño y de sus nervios el sedante reposo era la cegadora

luz de aquel amor entrevisto en un relámpago de delirio; la sensación de aquella embriaguez gustada apenas en la encantada copa, que casi no tocó en sus labios; lo que hacía hervir su sangre, lo que inflamaba sus ideas y arrebató su fantasía, era el prestigio, la mágica atracción irresistible de aquellos perturbadores ojos de esmeralda, cuya mirada verdeluz llenaba para Felipe el universo y destilaba en sus venas el delirio nunca sentido de la pasión. No, él no había amado nunca; su idilio con Pilar fué una inocente ilusión de niño; aquel delirio, aquella locura divina era el amor.

Pero no había nervios humanos que resistieran en tan pocas horas tanta emoción; y rendido, aplanado, se durmió al fin bien entrada la mañana. Apenas había probado el sueño, cuando acudió su padre á despertarle alborozado como un niño, para darle la gran noticia de la acordada petición de mano.

—¡Anda, bobo, despiértate para que te éntre bien por los sentidos el alegrón! No te esperabas tú este despertar, ¡eh, gran tunante! ¿Pero qué, no te mueves? ¿no te alegras? ¿no me abrazas? ¡Porra, qué desabridos y qué chirles sois los mocitos del día! ¡Si á tu edad me despierta mi padre con semejante diana, no es abrazo y achuchón el que el buen señor se lleva! La culpa me la tengo yo en haber venido á despertar al señorito displicente, ¡porra!

Y salió malhumorado, rabioso.

Un verdadero acceso de desesperación acometió á Felipe; se mordía los puños, mordía la almohada, se retorció furioso como un epiléptico ó como un poseído. La pasión suscitaba en

él impulsos nunca sentidos, desconocidas energías.

—¡Señor, hay fatalidad, hay hados, hay espíritus, ó demonios, ó lo que sean, que se gozan en el dolor humano, que se cobran avaramente la primera gota de felicidad que uno prueba! ¿Qué voy á hacer yo ahora? ¡Si parece que lo han hecho á propósito, hombre! Y eso es cosa del canónigo, como si lo viera... Sí, justo; ahora recuerdo que fué él quien retuvo anoche á mi padre; ¡y fué para esto, por lo visto, para hacerme este grandísimo favor! ¡Vamos, si las gentes que se meten á Providencia son terribles! Pero ¿qué voy á hacer yo en este conflicto? ¡Nada, nada, esto no tiene solución posible! Esto es irremediable... es decir, no; ¡tiene un remedio!

Y por un momento la idea loca del suicidio pasó por el cerebro de Felipe. En su contraído semblante proyectóse algo como la sombra de una lucha épica entre la muerte y el amor; y venció el amor.

—¡No, no; lo primero es verla á ella, hablarle, contarle todo; sin verla no iría yo ni á la muerte!

Ella, esa ella que lo llena todo, la que se ama, la *única*, era ya, para Felipe, Pepita. Y corrió en su busca.

Los Sanabrias, como de costumbre, estaban en la iglesia. Pilar, enferma ó dormida, seguía encerrada en su cuarto.

Furtivamente, luchando entre el gozo de la primera cita y el azoramiento de su situación arriesgada, fluctuando entre el éxtasis de la felicidad naciente y los espasmos del drama, ate-

nazados á veces por el remordimiento, estre-
mecidos de miedo y de pasión, sobresaltados al
menor ruido, fustigados por la excitante emo-
ción del riesgo y olvidándose á cada paso de
todo peligro y de todo respeto, desafiando todo
poder y todo castigo por el gozo inefable de
verse, de oirse, de hablarse, de estrenar la di-
cha, de saborear el goce nuevo, apenas entre-
visto ni gustado, apurando á sorbos apresura-
dos y furtivos aquel divino deliquio de amor;
así se hablaron Pepita y Felipe, así se comuni-
caron sus graves temores, sus perplejidades an-
gustiosas, ante el conflicto cercano, inminente.

—¿Cómo arrostrar esa dolorosa farsa de la
petición de mano?

—¿Qué se te ocurre para evitarlo, Felipe?

—¿Hablar? ¿Confesarlo todo? Pero ¡cómo
afrentar las iras de tus padres, el estallido de
furor de mi terrible viejo, la mortal desespera-
ción de tu hermana! ¡Imposible, imposible!

—¿Y qué hacer? ¡El tiempo vuela! Inventa un
recurso.

—Uno solo existe: el que yo pensé esta maña-
na... ¡ése no más! Pero... ¿cómo?... ¡si te quiero
tanto!

—¿Qué quieres decir, Felipe?

—¡Lo que tú adivinas, eso: no queda otro re-
curso!

—¿Estás loco? ¡Y eres tú el que me quiere!

—No, yo soy el que te adora, el que te idola-
tra con delirio, el que por una mirada de esos
divinos ojos tuyos se siente capaz de pulveri-
zar el mundo entre sus manos y de volverlo á
hacer de nuevo. ¡Mira si disparato, si desbarro
y pierdo hasta la noción del juicio!

—Pero ¿cómo me quieres tanto desde ayer?

—No; te quiero *desde siempre*, sino que yo
no lo sabía, no lo sospechaba siquiera, y, á ve-
ces, hasta me parecía aborrecerte... ¡Mira que
aborrecerte yo, chiquilla!

—¿De veras? ¡Cuéntame eso! Yo quiero saber
cómo tú me veías cuando eras... vamos, antes
de querernos.

—Te veía como á una chiquilla enredadora
y hechicera, monísima siempre, pero que en
ocasiones me enojaba, cuando me interrump-
pías... ¿sabes?—una pausa marcaba el recuerdo
doloroso de Pilar. —¿Abre? ¿Se despierta?...
¡Ah! creí...

—¡Cuenta, cuéntame eso, tonto! Oye, pero
yo también te quería siempre, y no me entera-
ba. Yo quisiera que me lo contaras todo, todo;
quisiera saber cuanto has pensado y sentido en
tu vida, no sólo de mí, de todas las cosas.

—Yo también quisiera hablarte mucho, mu-
cho; contarte infinitas cosas, y oírte, oírte ha-
blar: no me cansaría de oírte eternamente. Pe-
ro ¿y si vienen? ¿y si nos sorprenden? ¿si...?

—Cállate, déjalo; habla, habla.

—¿Te acuerdas del día de la mantilla? Pues
ya entonces empezaba yo á quererte; no, ya te
quería, te quería mucho y no me enteraba; ¡im-
bécil de mí! ¡Aquel día estabas preciosa, chi-
quilla! ¡Y cuánto me hiciste padecer y gozar al
mismo tiempo! Me volviste loco, y volviste loco
á medio Madrid. Estabas divina. Pero ¡vamos,
que no enterarme yo de que estaba enamorado
como un tonto! Después, cuando te ibas á casa
de la almiranta, ¡me daba una impaciencia, una
inquietud, un mal humor...! Ahora me lo expli-

co: desde anoche, todo mi pensar y mi sentir ha sido una constante revelación; ahora lo veo todo claro como la luz... pero ¡calla! ¡calla! ¡ahora sí que vienen!

—No, no; déjalo, ¡qué importa! Es la primera vez que hablamos en la vida, ¿verdad? ¿No te parece á ti lo mismo? ¿No te parece que nacimos ayer, que desde anoche tenemos un alma nueva?

—Sí; también me parece eso: unas veces pienso que te he querido siempre; otras creo que no he querido nunca; que no he vivido, ni amado, ni nacido hasta ayer.

—¡Felipe!

—¡Niña mía!

Y el idilio borraba el drama, y el amor se refa del peligro, desafiaba el deber, desofa el remordimiento, olvidaba la compasión, y hollando con sus piecillos de rosa temores y reparos, sentábase á beber fruitivamente el delirio en su inexhausta y encantada copa de oro.

El ruido de unos pasos en la escalera los volvió á la realidad, al drama.

—¿Qué hacemos, niña mía; qué hacemos ante este conflicto que se nos viene encima y nos aplasta?

—¡No sé qué decirte!

—Yo no puedo autorizar con mi presencia la sangrienta mentira de esa ceremonia perjura que nuestros padres inocentemente concertaron; no puedo tampoco desengañar á nuestras familias...

—¡No, imposible! ¡Nuestro amor no cabe en esta casa!

—¡No podemos aguardar al día fijado para ese acto irrealizable!

—¡Hay que impedirlo y desaparecer!

—¡Huir, sí! Pero... ¿cuándo?

—Mañana temprano, por la mañana. Está preparada... espérame... Aceptaré las proposiciones que me hicieron para dirigir la explotación de unas minas allá en un despoblado de Asturias... Allí iremos á esconder nuestro cariño...

—¡Ahora sí que vienen!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Felipe besó largamente las manos heladas de la niña, y huyó corriendo como un loco.

XV

Coincidiendo con aquel drama de amores, caminaba también á su desenlace cruel la gran tragedia nacional. Con pasos de dolor, entre esperanzas congojosas y mortales desmayos de agonía, la patria, la *Mater Dolorosa* había ido siguiendo su calle de Amargura, y ya entonces hallábase en el Calvario.

Por la casa de la almiranta circulaban rumores siniestros, negros pesimismo que parecían fatídicos augurios de desgracias inminentes, consumadas ya acaso.

La almiranta, á pesar de toda su cultura exótica y sus gustos cosmopolitas adquiridos en sus largos viajes, era un alma toda española, y como tal, creyente, idealista y propensa siempre á creer en lo imprevisible, en lo sobrenatural

y milagroso. Con las misteriosas percepciones del amor parecía compartir desde lejos la suerte de aquellos barcos en que tenía puesta toda su vida, porque en ellos iba, con el honor de la marina, aquel hijo adoptivo á quien ella quería como si fuera nacido de sus entrañas.

Desde que comenzó á susurrarse que la escuadra de Cervera saldría de Santiago, la noble dama perdió toda su serenidad, todo su aplomo, porque ella sabía ó presentía que al abandonar el abrigo del puerto aquellos valientes barcos, corrían temeraria, fatalmente, á una muerte segura, á un suicidio glorioso.

Así en aquellos primeros días de Julio la animosa señora andaba pálida, descaecida, desalentada. Su consuelo era Pepita: la alegre chiquilla la distraía y confortaba, animando como un rayo de sol la casa-bajel, que parecía entristecida ahora en sombríos presagios de tempestad cercana.

Aquel inolvidable 6 de Julio circularon por Madrid vivas corrientes de esperanza, chispazos de alegría enloquecedora que no parecían haber llegado á casa de Sanabria. Pilar seguía enferma, postradísima; no abandonaba la cama desde su última dolorosa escena con Felipe; su madre la acompañaba silenciosa ó rezando quedamente; Sanabria había salido; Pepita bajó, sin duda, temprano al principal, porque no se la veía en toda la mañana. Avanzada ya ésta, la almiranta llamó por el patio en altas y jubilosas voces á la niña; y como no respondiese, subió apresurada, jadeante, al segundo.

—Pepita, Pepita, ven; oye la buena nueva: ¡la escuadra ha conseguido romper el bloqueo!

gritaba la dama, entrando en el comedor ebria de júbilo. D.^a Inés le salió al encuentro, saludándola:

—¿Buscaba usted á Pepita?

—Sí, venía á traerle la noticia feliz: ¡la escuadra huye, se salva, D.^a Inés!

—¿Pero Pepita no estaba abajo?

—¿En mi casa? No, señora; desde ayer no la he visto. ¿Dónde está esa pícaro?

Y la almiranta, impaciente y alegre, y doña Inés, ya inquieta y poseída de vagos temores, comenzaron á buscarla. En vano registraron é inquirieron: no estaba en toda la casa. Llamaron á las Mirandas y á Tomasa: nadie la había visto, nadie sabía de ella. D.^a Inés, alarmadísima ya, entró con las Mirandas y la almiranta en el cuarto de Pepita, lo revolvieron todo; sobre la mesa de noche, dentro de un libro de oraciones, halló Amparito una carta cerrada; el sobre, de letra de Pepita, estaba dirigido así: "*A mis padres*". La almiranta, que comprendió rápidamente aquella desventura, quiso evitar á la madre el primer golpe; era tarde ya: doña Inés, sin llegar á romper el sobre, había leído con su corazón de madre toda la carta, y cayó al suelo presa de un síncope.

A socorrerla acudieron las tres amigas; y cuando la almiranta apoyaba contra su pecho la cabeza cadavérica de la desdichada señora, entró Sanabria, á quien la noticia de su infortunio hirió con el golpe súbito y fatal del rayo; dejóse caer en una silla lívido, mudo, yerto, como sin alma.

Aurioles, que había echado ya de menos á Felipe, sospechando lo acaecido entró desolado,

y al ver aquel cuadro de dolor cayó sollozando en los brazos de su amigo.

Con solicitud afanosa contenían todos el llanto y acallaban los gritos y las voces porque Pilar no sospechase tan pronto aquella desventura que cruelmente había de agravar su dolencia.

Lleváronse á D.^a Inés al comedor, y allí comenzaron á prodigarle los más solícitos cuidados. Prontamente recobró la desmayada sus sentidos, pero no el color ni la animación de la vida.

Aun estaban todos congregados en torno á los doloridos padres, cuando se oyó por las calles vocear un extraordinario. Por un momento sobre aquella escena de dolor flotó una tenue ráfaga de esperanza. Un criado de la vecindad compró el extraordinario, que de una á otra mano vino á dar en las afanosas de la almiranta: el lacónjico telegrama anunciaba la completa destrucción de la escuadra de Cervera; la señora dejó escapar de sus manos la funesta hoja, perdió el color y abatió la cabeza como quien recibe un golpe de muerte.

En aquel momento entró el canónigo; al ver la desolación de sus amigos, el generoso viejo hubiera dado toda su sangre por haberse equivocado en sus fatídicos augurios.

D.^a Inés había perdido toda apariencia de vida; el semblante cárdeno y terroso de Sanabria parecía como nunca el de uno de aquellos mártires dantescos ó de aquellos muertos heroicos ó místicos en quienes expresó Theotocopulos el alma de una edad.

El pobre veterano, el iracundo y generoso

Don Lope de Figueroa, que era la esencia de la nobleza y el *summum* de la lealtad, sintióse avergonzado, herido en lo más vivo de su pundonor caballeresco, ante la increíble traición de su hijo. No le bastaba con tener al uno lejos y en riesgos de muerte: faltábale que el otro le abandonara, desertando de sus santos principios de acrisolada hidalguía. ¡Y en qué hora! ¡En la hora suprema de la irreparable desventura de la patria!

Sintió el anciano dentro de sí el sordo desplome de todas sus energías; apagábanse las luces de su alma, cuando, al improviso, por su cerebro zigzageó una idea, y de sus labios convulsos brotó involuntaria, en un espasmo de ira sublime, esta exclamación que esculpe un carácter:

—¡Y arriarán la bandera!

Ante sus espantados ojos se condensaba la trágica visión que parecía simbolizar á un tiempo el drama de aquel hogar de ensoñadores y el de la patria española: veía el viejo soldado allá á lo lejos, en una irreal atmósfera tempestuosa, flamígera, abatirse y caer, caer con majestad de muerte, como enorme águila herida, ensangrentada, la enseña gloriosa que cobijó bajo sus pliegues á la tierra.